

Es mejor reglar que negar

Uno de los tantos factores que aleja a la ciudadanía de los políticos es la constante apelación de estos últimos al recurso del eufemismo, las medias tintas o la incapacidad para expresar las cosas por su nombre. Se trata de una estrategia cuyo rendimiento disuasivo entró en franca decadencia, amén de la irritación que a muchos electores les produce ser tratados como niños.

Esto es lo que sucede con el discurso en torno a las precandidaturas presidenciales de una y otra coalición. Aunque la evidencia de los hechos haya superado cualquier esfuerzo retórico en esta materia, hace pocos meses todavía Piñera se quejaba porque el oficialismo le exigía un comportamiento diferente al de cualquier otro “ciudadano”; como si la ausencia de una declaración formal inhibiera a la opinión pública de escrutar su desempeño como lo que es: el próximo candidato de la Alianza.

Algo similar acontece en las huestes oficialistas, cuyo celo por negar el inicio de la contienda electoral interna resulta tan ingenuo como hipócrita. Me imagino que todo ciudadano medianamente informado ya habrá tomado nota de las condiciones explicitadas por el ex Presidente Lagos para asumir tan importante responsabilidad.

Del mismo modo, sospecho que los reiterados viajes a Chile, sumadas las entrevistas y continuas intervenciones sobre la coyuntura nacional del actual secretario general de la OEA, José Miguel Insulza, son también un indicio evidente sobre sus futuras pretensiones.

En el caso de la DC, únicamente Marcelo Trivelli efectuó hace ya tiempo un pronunciamiento formal en esta materia. Soledad Alvear sólo hizo lo propio esta semana, aunque no es un secreto para nadie que tanto ella como Eduardo Frei Ruiz-Tagle vienen trabajando una estrategia política, interna y externa, para transformarse en los precandidatos de la falange con miras a la próxima elección presidencial.

Sin embargo, lo que en principio no tiene nada de malo –por cuanto el acceso al poder es uno de los “giros” de la actividad política–, esta estrategia ha sido tapizada de declaraciones donde abundan frases como: “no es el momento de las candidaturas”, “los ciudadanos están cansados de las disputas políticas” o “la lealtad con el gobierno exige unidad”, por nombrar las más majaderas.

Más allá del juicio crítico que uno pudiera hacer en torno al des-

dén con que los propios protagonistas se refieren a lo que es esencial de toda actividad política –la disputa electoral por las preferencias ciudadanas–, sorprende que tales afirmaciones se hagan al mismo tiempo que se organizan actos o seminarios, se constituyen equipos de trabajo, se abordan planificaciones programáticas u otras actividades con una clara intención electoral con nombre y apellido (al menos así lo sugieren las correspondientes y deliberadas filtraciones a la prensa).

Es un hecho que hoy en la DC existen a lo menos tres aspirantes a la Presidencia de la República. El reconocimiento de tal circunstancia no pone en cuestión la lealtad hacia este gobierno, ni menos pone en peligro su buen desempeño. Por el contrario, lo que sí lo hace, es la ausencia de un acuerdo y de un procedimiento explícito que fije los límites y alcances de dicha disputa, tanto en lo que se refiere a sus efectos internos, como a impedir que ésta repercuta negativamente en la relación que la falange y sus protagonistas mantienen con los otros partidos de la coalición y con el gobierno de Michelle Bachelet.

Por tanto, más que negar la evidencia de la competencia, me parece que lo sano y honesto es preocuparse de regularla.



Jorge Navarrete P.

Abogado y panelista del programa “Estado Nacional”



Lo que pone en peligro el buen desempeño del gobierno, no es la competencia es la ausencia de un acuerdo que fije los límites y alcances de la contienda presidencial al interior de la Concertación”.